Obituarios a destiempo

El festín de la memoria

Sealtiel Alatriste

2 de noviembre: *Se celebra el día de muertos.*

Durante la temporada de muertos me gusta ir a ver los altares que se ponen en toda la Ciudad de México, me recuerdan el día en que, en la vecindad de la colonia Roma donde vivía con mi abuela, conocí ese rito. En el departamento número uno, al fondo del largo y angosto patio, vivía mi amigo Mario Talavera. La noche del primero de noviembre (del año 1955 o 1956), su mamá nos llamó para que participáramos en una reunión familiar. Sobre una cómoda del comedor había puesto varias cazuelas, un retrato de su difunto esposo, las tradicionales flores amarillas de cempasúchil —con ese aroma fuerte, ácido, que recuerda el de los cementerios— y dos grandes velas a los extremos, que hacían titilar nuestras sombras sobre la pared. En la mesa había dos platones con un platillo típico de la cocina yucateca: queso relleno. "Vengan con nosotros", nos dijo doña Natividad a Gustavo Castillo y a mí, los dos amigos que compartíamos juegos con su hijo, "vamos a recordar al papá de Marito". La familia entera estaba sentada alrededor de la mesa, platicando como si nada. Tomamos nuestro lugar sin saber lo que estaba pasando. Doña Nati repartió el contenido de uno de los platones y ante nuestro estupor Mario nos dijo: "A mi papá le encantaba este queso". Hasta ese día me percaté que mi amigo era huérfano. Comí en silencio sin saber qué decir, aunque todo mundo estaba de lo más despreocupado. Empezaba a conocer no sólo un rito, sino un platillo que he perseguido en cualquier lugar a lo largo de mi vida. Finalmente, la mamá de Mario nos pidió que pusiéramos el otro platón bajo la fotografía del difunto. "Pónganle la ofrenda a Armando", nos pidió sonriendo. Entre los tres niños llevamos el platón al pequeño altar. Por un instante vi el retrato del padre de mi amigo: con su seriedad, sus anteojitos de aro, su media sonrisa, parecía agradecernos el regalo. Nos dimos la mano, doña Nati nos dio un beso en la mejilla, y se acabó la ceremonia.

"Muchas gracias", dijo Gustavo, que se las daba de muy decente cuando no estaba en su casa, "todo estuvo riquísimo". "Sí, muchas gracias", agregué yo. Salimos al patio y me le quedé viendo a Mario con chicos ojotes. No teníamos más de siete años pero él entendió que yo estaba en ascuas. "Hoy es día de muertos", me dijo sonriendo, "y mi papá va a venir a comer su queso". Doña Nati estaba en la puerta del departamento y al escuchar a su hijo nos llamó para que pudiéramos entender lo que pasaba. "Recordamos a Armando comiendo lo que más le gustaba. Es una manera de tenerlo vivo". Su cara morena, arrugada, de anciana prematura, me tranquilizó; sus ojos cansados, de un café oscuro que nunca he vuelto a ver, se posaron en mí y me quitaron no sólo el incipiente miedo que tenía, sino todo rastro de duda de que el papá de mi amigo vendría esa noche, cuando ya estuviéramos dormidos, a comerse su queso relleno.

Aquella ocasión operó un efecto en mí cuyas consecuencias todavía subsisten en mi alma: dejé de creer en la muerte. No sé cómo explicarlo, pero fue como si las palabras de doña Nati me hubieran convencido de que los muertos se quedan entre los vivos, que nos visitan de vez en cuando, digamos, el día 2 de todos los noviembres, para alebrestarnos el gusto por la vida.

Pocos años después levanté un altar de muertos a la memoria de mi abuelo Aurelio Lozano, a quien llamábamos, sin ánimo de ofender, Papálelo. Unos meses antes de aquel noviembre, mi abuelo había tenido una muerte lenta, dolorosa, según me dijo mamá, cuando se le agravó la diabetes que había padecido por veinte años. Yo estaría, por entonces, terminando la primaria, no se podía decir que fuera un chamaquito, pero no me dejaron verlo. En las familias existía la superstición de que los niños, aunque estuviéramos entrando en la adolescencia, quedaríamos marcados si presenciábamos la muerte de un ser querido. Fue una lástima, yo había crecido cerca de mi abuelo, no por la frecuencia con que nos veíamos, sino porque disfrutaba con todo lo que me había enseñado. Gracias a él, pasé mi primera infancia disfrutando esos dulces prodigiosos llamados gomitas, aunque siempre tuve la precaución de no comerlas en exceso por miedo a la diabetes; gracias a mi abuelo soy fanático de la ópera y los toros (aún más, de él aprendí que ésos eran los grandes espectáculos que podría contemplar en la vida). Recuerdo que en una ocasión, después de una comida familiar en su casa, me sentó en sus piernas y puso un disco de Enrico Caruso. "Nunca vas a escuchar algo más bello", me dijo cuando la voz del mejor tenor de la historia empezó a llenarme los oídos. Mucho tiempo después, cuando vi *Fitzcarraldo*, el filme de Werner Herzog, comprendí que mi abuelo me había iniciado en una suerte de delirio que me acompañaría el resto de mi vida, y comprendí la pasión que hace que Klaus Kinsky, el protagonista de la película, remé dos días enteros por el Amazonas con tal de llegar a la ópera para escuchar al gran Caruso. En otra ocasión encendió la televisión para ver la corrida de toros del domingo. "Ven conmigo", me dijo, "te voy a enseñar todo lo que necesitas saber para apreciar la fiesta brava". No recuerdo ninguna de las muchas enseñanzas que desplegó esa tarde, pero sé,

Daniel Hopfer, *Lovers, Death, and Devil*, *ca.* 1520

cuando hoy estoy en una plaza, que fue él quien inoculó mi pasión por el toro, y que seguramente mi escasa sabiduría proviene de aquella tarde. "Cuando vayas a los toros, porque seguramente vas a ir algún día", concluyó después de haber visto la faena con que Humberto Moro triunfó aquella tarde, "debes decir que si todo mundo supiera la mitad de lo que tú sabes, la fiesta sería otra cosa. Te van a respetar. Hazme caso". Lo he hecho, cada vez que he repetido esa sentencia en cualquier plaza del mundo, me han respetado pase lo que pase.

Hubiera querido estar cerca de él cuando murió, acompañarlo, tratar de hacerle menos doloroso el trance, y comerme la última gomita a su lado. Se lo pedí a mi madre pero fue inútil, ni a mí, ni a ninguno de mis hermanos y primos, nos dejaron verlo. Un sábado que regresaba de jugar futbol, mi hermana me dijo que mis padres no estaban, íbamos a comer solos porque Papálelo se había muerto y ellos estaban en el velorio. Fue la primera vez que escuché esa palabra, velorio, y me quedé con la infausta sensación de no haberme despedido de mi abuelo.

Una noche, meses después de su muerte, me desperté porque sentí que él estaba parado a los pies de mi cama. Dormía en el mismo cuarto con mi hermano, y compartíamos unas literas que apenas dejaban espacio para un buró y un armario. Yo dormía en la cama de arriba y, sin saber bien a bien por qué, me senté para atisbar si alguien estaba en el rincón. No vi nada y sin embargo estuve seguro de que mi abuelo me observaba desde la oscuridad. Sentí miedo y al mismo tiempo vergüenza de estar atemorizado. ¿Qué daño podía causarme un hombre que sólo me había dado amor? Si estaba ahí, me dije, era por mi bien, por amor, pero nunca para dañarme. La experiencia se repitió durante varias noches. Sin que yo supiera cómo ni por qué, me despertaba y sentía que Papálelo estaba en un rincón, mirándome, sólo mirándome, esperando algo que yo no sabía qué era.

Cuando llegó el 2 de noviembre de aquel año me acordé del rito que había visto en casa de Mario Talavera, y sin decirle nada a nadie, puse en el buró una foto de mi abuelo, un pequeño ramo de flores, escribí una carta escueta, y coloqué un plato con cien gramos de gomitas. No voy a decir aquí que Papálelo me visitó esa noche, ni siquiera que se comió las gomitas (pues yo me las despaché en la mañana), pero estoy seguro de que estuvo conmigo, que aquel pequeño altar que levanté en su memoria nos acercó más de lo que habíamos estado en vida, y que gracias a ello yo comprendí algunas cosas que no pueden expresarse con palabras pero que me han servido de guía a lo largo de los años. Esa noche recordé la forma en que cerró los ojos para escuchar a Caruso, y sentí el furioso deseo de escuchar el aria de *Payasos* que el tenor cantaba como nadie. No, no se comió sus gomitas, pero hizo que las carcajadas de Caruso antes de pedirse a sí mismo que ría, que se ría de sí mismo como lo hacen los payasos, adquiriera otra dimensión, y calara en mi concepción de la alegría y la tristeza. Me dirán que no estuvo ahí, que aquel altar, como todos los del día de muertos, era sólo un símbolo, pero yo estoy seguro, al cabo de tantos años, que esa noche me fundí con mi abuelo Aurelio.

En el extranjero se piensa que los mexicanos celebramos un rito macabro el día de muertos, que todo se debe a un gusto malsano por las tumbas, y que festejamos morbosamente a los que "han pasado a mejor vida". La verdad es otra, festejamos la vida, el recuerdo de quienes se murieron, nos reímos porque vivimos, porque nuestros difuntos viven en nosotros. El día de muertos es para nostros un festín de la memoria, y los altares que levantamos ese día son un monumento a la memoria de quien se murió, la fiesta de su recuerdo. La familia junta aquello que lo liga a su muertito —fotos, objetos que le fueron gratos, platillos que le gustaba comer— los niños les escriben cartas, y finalmente, colocan una calaverita de azúcar, con el nombre del difunto estampado en la frente, que es un toque de buen humor para recordarnos que si del difunto sólo queda el esqueleto, éste es dulce y sabroso, como en vida fue su cuerpo. Los mexicanos celebramos la realidad del mundo, o mejor, la persistencia de este mundo sobre eso que, rimbombantemente, se llama "el más allá".

Para mí, estos obituarios que escribo para la *Revista de la Universidad de México*, son una manera de estar cerca de mis muertos, de acercarme a los escritores que no he conocido en vida pero cuya lectura me ha hecho su amigo íntimo. Una forma, también, de hacerle un altar a todos los amigos que han muerto y cuya ausencia no me creo del todo aunque la lleve cargando como un fardo. Sí, estos textos son un pequeño altar, un festín de mi memoria que cada 2 de noviembre se carcajea imitando a Enrico Caruso, y se resiste a creer que la muerte existe. **[I]**